JUICIO DE NUREMBERG

1946

Hoja Informativa

En la mañana del 16 de octubre de 1946, cinco de los criminales de guerra Nazi que habían sido juzgados y convictos en el Juicio de Nuremberg estaban sentados a la mesa del comedor de la prisión. Su desayuno fue interrumpido por un soldado de los Estados Unidos, quien les pidió sus autógrafos. Nunca antes habían visto a esta persona y su cara desconocida despertó las sospechas de Herman Goering. Cuando le pidió al misterioso soldado que se identificara, supo que el Sargento Mayor John Woods era el verdugo oficial de los prisioneros y que su propósito real no había sido conseguir los autógrafos sino estimar el peso corporal de tres de los cinco hombres sentados a la mesa.

Las horcas habían sido construidas en secreto en el gimnasio de la prisión y las ejecuciones empezarían esa noche. Goering era el primero de la lista. Había declarado antes que si iba a ser ejecutado, debía serlo por un pelotón de fusilamiento en vez de ser colgado como cualquier criminal común.

Temprano por la noche, Goering le pidió al guardia que fuera al cuarto de equipajes y le trajera algo de sus pertenencias personales. Al cabo de una hora, se había suicidado ingiriendo una cápsula llena de cianuro, que tenía secretamente escondida entre sus pertenencias.

El Sargento Woods, al saber de la muerte de Goerings, se enfureció por perder la oportunidad de colgar al infame criminal de guerra, pero prosiguió con las otras ejecuciones tal como se había programado. Woods era un profesional que había colgado a cientos de personas y estas ejecuciones no eran diferentes.

La rutina para colgar a cada criminal convicto era la misma. Dos miembros del equipo del Sargento Woods recogían al prisionero de su celda y lo llevaban al fondo del patíbulo. Las manos del prisionero eran atadas detrás de su espalda con una cinta de seda negra. Dos soldados lo acompañaban a subir las escaleras y luego el Capellán o Sacerdote Católico llevaba a cabo una breve ceremonia y se le preguntaba al prisionero si tenía algo que decir. Algunos de ellos tenían algo que decir. Algunos no.

Cuando el sujeto terminaba de hablar, el Sargento Woods colocaba una capucha sobre su cabeza mientras que su asistente amarraba los pies del prisionero con una correa trenzada de hierro galvanizado y lo colocaba en la puerta de la trampa mirando hacia los escalones. El mismo Sargento Woods colocaba el lazo alrededor de su cuello, y luego le tomaba treinta segundos para ajustarlo. El verdugo esperaba una señal silenciosa, un asentimiento con la cabeza, del oficial a cargo. Luego se iba atrás, jalaba la palanca y abría la trampa.

Las diez ejecuciones tomaron una hora y doce minutos. Cuando se le preguntó al Sargento Woods si las ejecuciones habían tenido algún efecto en él, contestó: "Fue un trabajo. Estos Nazis no significaron nada para mí. Fueron solamente criminales en capuchas".

El Sargento Woods y su equipo comieron, bebieron y se retiraron por la noche.

Copyright © 2010 by Museum of World Treasures